

# **OREMOS**

## **Volumen 1 – Sermón No. 288**

Traducción: [estudialapalabra.org](http://estudialapalabra.org)

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO  
6 DE NOVIEMBRE DE 1859,  
POR CHARLES HADDON SPURGEON,  
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS**

***“Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien”  
Salmos 73:28***

Hay muchas maneras por las cuales el verdadero creyente se acerca a Dios. Las puertas del palacio del Rey son muchas, y por el amor de Jesús, y la rica gracia de Su Espíritu, es nuestro deleite entrar y acercarnos a nuestro Padre celestial. La primera y más importante es la comunión, esa dulce conversación que el hombre mantiene con Dios, ese estado de cercanía a Dios en el que se revelan nuestros secretos mutuos: nuestro corazón está abierto a Él, y Su corazón se nos manifiesta. Aquí vemos lo invisible y oímos lo indecible.

El símbolo externo de la comunión es la sagrada cena del Señor, en la cual, por medio de sencillos emblemas, se nos permite divinamente alimentarnos, según una especie espiritual, de la carne y la sangre del Redentor. Esta es una puerta perlada de comunión, un camino real que nuestros pies se deleitan en pisar.

Además, nos acercamos a Dios incluso en nuestros suspiros y lágrimas, cuando nuestros espíritus desolados anhelan su sagrada presencia, clamando: "¡A quién tengo yo en los cielos sino a ti, y no hay en la tierra otro que yo desee fuera de ti!". Y tan a menudo como leemos la promesa escrita en la Palabra, y somos capaces de recibirla y descansar en ella como las mismas palabras de un Dios de pacto, realmente "Nos acercamos a él".

Sin embargo, la oración es el medio mejor utilizado para acercarse a Dios. Me disculparán, entonces, si al considerar mi texto de esta mañana, me limito enteramente al tema de la oración. Es en la oración principalmente, que nos acercamos a Dios, y ciertamente puede decirse enfáticamente de la oración, que es buena para todo hombre que sabe cómo practicar ese arte celestial, en ella acercarse a Dios.

Para ayudar a sus memorias, para que el sermón permanezca con ustedes en días posteriores, dividiré mi discurso de esta mañana de una manera un tanto singular, primero, consideraré mi texto como una piedra angular, por la cual podemos probar nuestras oraciones,

ay, y probarnos a nosotros mismos también.

Luego tomaré el texto como una piedra de afilar para aguzar nuestros deseos, para hacernos más sinceros y más diligentes en la súplica, porque "Bueno es acercarse a Dios", y luego tendré la solemne tarea, en último lugar, de usarlo como una lápida, con un terrible epitafio sobre ella para aquellos que no saben lo que es acercarse a Dios, porque "Un alma sin oración es un alma sin Cristo".

I. Primero, entonces, consideren mi texto como **una piedra angular** con la cual pueden examinar sus oraciones, y así probarse a sí mismos.

Esa no es una oración de la que no se pueda decir que hubo en ella un acercamiento a Dios. Venid, pues, aquí con vuestras súplicas. Veo que se acerca alguien que dice: "Tengo el hábito diario de usar una forma de oración tanto por la mañana como por la noche. No podría ser feliz si saliera al extranjero sin haber repetido antes mi oración matutina, ni podría descansar por la noche sin repasar de nuevo la santa oración designada para ser usada al atardecer. Señor, mi modelo es el mejor que podría escribirse, fue compilado por un famoso obispo, uno que fue glorificado en el martirio, y ascendió a su Dios en un ardiente carro de llamas".

Amigo mío, me alegra saber que, si usas un modelo, usas el mejor. Si debemos tener modelos, que sean del tipo más excelente. Hasta aquí todo bien. Pero permíteme hacerte una pregunta, no voy a condenarte por cualquier forma que hayas usado, pero dime ahora, y dime honestamente desde lo más íntimo de tu alma, ¿te has acercado a Dios mientras has estado repitiendo esas palabras? porque si no, ¡oh, pensamiento solemne! Todas las oraciones que has pronunciado han sido una vana burla. Has dicho oraciones, pero nunca has orado en tu vida.

No te imagines que hay algún encanto en un conjunto particular de palabras. Da lo mismo repetir el alfabeto al revés, o el "Abracadabra" de un mago, que repasar la mejor forma del mundo, a menos que haya en ella algo más que forma. ¿Te has acercado a Dios?

Supongamos que uno de nosotros desea presentar una petición a la Cámara de los Comunes. Preguntamos sabiamente cómo debe redactarse la petición, nos procuramos las frases exactas, y supongamos que por la mañana nos levantamos y leemos este modelo, o nos lo repetimos a nosotros mismos, y concluimos con: "Y vuestros peticionarios orarán siempre", y cosas por el estilo.

Volvemos a hacer lo mismo por la noche, lo mismo al día siguiente, y durante meses continuamos la práctica.

Un día, encontrándonos con algún miembro de la Cámara, le abordamos y le asombramos diciéndole: "Señor, me pregunto por qué nunca he recibido respuesta de la Cámara, he estado haciendo peticiones estos últimos seis meses, y el modelo que utilicé era el más exacto que se podía conseguir." "Pero", dice él, "¿cómo fue presentada su petición?" "¡Presentada! No había pensado en eso, lo he repetido". "Sí", dijo él, "y puedes repetirla durante muchos días antes de que salga algo bueno de ella, no es el repetirla, sino el presentar la petición, y hacerla defender por algún amigo capaz lo que te conseguirá la bendición que deseas".

Y así puede ser, amigo mío, que hayas estado repitiendo colectas y oraciones, y ¿has imaginado ignorantemente que has orado? Pues bien, tu oración nunca ha sido presentada. No la has puesto delante del Cordero sangrante de Dios, y no le has pedido que la lleve por ti al lugar sagrado donde Dios mora, y que allí presente la petición con Sus propios méritos delante del trono de Su Padre.

No les ordenaré que dejen su forma, pero les suplico por el Dios viviente que, o dejen de usarla, o supliquen al Espíritu Santo que les permita acercarse a Dios en ella. Oh, te lo ruego, no tomes lo que pueda decir como una censura, hablo ahora como el propio mensajero de Dios en este asunto. Su oración no ha sido escuchada, y no puede ser ni será contestada a menos que haya en ella un verdadero y real deseo de acercarse a Dios.

"Ah", dice otro, "me complace oír estas observaciones, porque tengo la costumbre de ofrecer la oración improvisada cada mañana y cada tarde, y en otras ocasiones, además, me gusta oírle hablar contra la forma, señor". Mire, yo no he hablado en contra de la forma, eso no es asunto mío en esta ocasión. Una clase de pecadores siempre se complace en oír que otra clase de pecadores es criticada.

Dices que ofreces una súplica improvisada. Llevo tu oración a la misma piedra angular que la anterior. ¿Qué hay en la forma que puedes improvisar, para que sea mucho mejor que la que compuso algún santo varón de Dios? Posiblemente tu forma improvisada no valga un centavo, y si pudiera escribirse, sería una vergüenza para los orantes.

Te traigo a la prueba de inmediato: ¿te has acercado a Dios en tu oración? Cuando has estado de rodillas por la mañana, ¿has pensado que hablabas con el Rey del cielo y de la tierra? ¿Has soplado tus deseos, no a los vientos vacíos, sino al oído del Eterno? ¿Has deseado acercarte a Él y contarle tus deseos, y has buscado en Sus manos la respuesta a tus peticiones? Recuerda, no has orado con éxito o aceptablemente a menos que en la oración te hayas esforzado por acercarte a Dios.

Supongamos ahora (por poner un caso), que deseo algún favor de un amigo. Me encierro a solas y comienzo a pronunciar un discurso, suplicando encarecidamente la gracia que

necesito. Lo repito por la noche, y así mes tras mes.

Por fin me encuentro con mi amigo y le digo que le he estado pidiendo un favor, y que nunca ha escuchado mi plegaria. "Es más", dice él, "nunca te he visto, nunca me has hablado". "Ah, pero debiste oír lo que te dije, si lo hubieras oído seguramente habría conmovido tu corazón". "Ah", dice él, "pero entonces no me lo dirigiste a mí. Escribiste una carta, me dices, conmovedora, pero ¿la enviaste por correo? ¿viste que me la entregaran?". "No, no", me dices, "guardé la carta después de haberla escrito. Nunca te la envié".

Ahora fíjense, es exactamente lo mismo con la oración improvisada. Tú suplicas, pero si no estás suplicando a Dios, ¿de qué sirve tu súplica? Hablas, pero si no le hablas a un Dios manifiestamente presente, ¿de qué te sirve hablar? Si no buscas acercarte a Él, ¿qué has hecho? Tal vez han ofrecido sacrificios, pero ha sido en sus propios lugares altos, y el sacrificio ha sido una abominación. No lo han traído al único altar de Dios, no se han acercado al propiciatorio, donde está Su propia presencia visible. No te has acercado a Dios, y por consiguiente tus oraciones, aunque se multipliquen por decenas de miles, son completamente inútiles para el beneficio de tu alma. Acercarse a Dios es un requisito indispensable en la oración aceptada.

Pero ahora, para que no se me malinterprete en cuanto a este acercarse a Dios, permítanme tratar de describirlo en grados, porque todos los hombres no pueden acercarse a Dios con la misma cercanía de acceso. Cuando la vida de la gracia comienza en el alma, te acercarás a Dios, pero será con gran temor y temblor. El alma consciente de su culpa, y humillada por ello, se sobrecoge con la solemnidad de su posición, se echa a tierra con la grandeza de ese Dios en cuya presencia se encuentra.

Recuerdo la primera vez que recé sinceramente en mi vida, pero las palabras que utilicé no las recuerdo. Seguramente había pocas palabras en aquella petición. Había repetido a menudo una forma. Había tenido la costumbre de repetirla continuamente. Por fin llegué realmente a orar, y entonces me vi de pie ante Dios, en la inmediata presencia del JEHOVÁ que escruta el corazón, y dije para mis adentros: "He oído hablar de ti con el oído, pero ahora mis ojos te ven. Por eso me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza".

Me sentí como Ester cuando se presentó ante el Rey, desfallecida y sobrecogida de espanto. Estaba llena de penitencia de corazón, por Su majestad y mi pecaminosidad. Creo que las únicas palabras que pude pronunciar fueron algo así: "¡Oh!, ¡Ah!". Y la única frase completa fue: "¡Dios, ten piedad de mí, pecador!".

El sobrecogedor esplendor de Su majestad, la grandeza de Su poder, la severidad de Su justicia, el carácter inmaculado de Su santidad, y toda Su espantosa grandeza, todas estas cosas dominaron mi alma, y caí en completa postración de espíritu. Pero había en ello un

verdadero y real acercamiento a Dios.

Oh, si algunos de ustedes, cuando están en sus iglesias y capillas, se dieran cuenta de que están en la presencia de Dios, seguramente podrían esperar ver escenas más maravillosas que cualquiera de las convulsiones del avivamiento irlandés. Si supieran que Dios está allí, que están hablando con Él, que en Su oído están pronunciando esa confesión tan repetida: "Hemos hecho lo que no debíamos hacer; hemos dejado de hacer lo que debíamos hacer"; ah, amigos míos, habría entonces una profunda humildad y un solemne abatimiento de espíritu. Que Dios nos conceda a todos, tan a menudo como ofertamos cualquier tipo de oración, que podamos verdadera y realmente acercarnos a Él, aunque sólo sea en este sentido.

En la vida futura, a medida que el cristiano crece en la gracia, aunque nunca olvidará la solemnidad de su posición, y nunca perderá ese santo temor que debe cubrir a un hombre lleno de gracia, cuando está en presencia de un Dios que puede crear o destruir, ese temor pierde todo su terror, se convierte en una santa reverencia, y ya no en un servil temor despreciable.

Entonces el hombre de Dios, caminando en medio de los esplendores de la deidad, y velando su rostro como los gloriosos querubines, con esas alas gemelas, la sangre y la justicia de Jesucristo, reverente e inclinado en espíritu, se acercará al trono, y viendo allí a un Dios de amor, de bondad y de misericordia, se dará cuenta más bien del carácter de pacto de Dios que de su absoluta deidad. Verá en Dios más su bondad que su grandeza, y más su amor que su majestad.

Entonces el alma, inclinándose de nuevo tan reverentemente como antes, gozará de una sagrada libertad de intercesión, pues aunque humillada en presencia del Dios Infinito, está sostenida por la divina conciencia de estar en presencia de la misericordia y del amor en grado infinito. Este es un estado al que llegan los hombres después de que se les han perdonado sus pecados, después de que han pasado de la muerte a la vida, entonces llegan a regocijarse en Dios, y se acercan a Él con confianza.

Hay todavía una tercera y más elevada etapa, a la que me temo que muy pocos de entre nosotros llegan alguna vez, cuando el hijo de Dios, sobrecogido por el esplendor, y deleitándose en la bondad de Dios, ve algo que es más encantador para él que cualquiera de éstos, a saber, el hecho de su relación con Dios. Ve en el trono, no sólo la bondad, sino la bondad de su Padre, no sólo el amor, sino el amor que desde toda la eternidad se ha fijado en él, el amor que lo ha hecho su predilecto, que ha escrito su nombre en su pecho, el amor que por él se dignó incluso morir.

Entonces el hijo de Dios se acerca al trono, entonces se agarra a las rodillas de su Padre, y

aunque consciente de la grandeza del Dios, aún está más vivo a la hermosura del Padre, y clama: "Padre mío, escucha mi oración y concédeme mi petición, por amor de Jesús."

En esta posición sucede a veces que el hijo de Dios puede orar de tal manera que los demás no pueden entenderle en absoluto. Si hubierais oído orar a Martín Lutero, algunos de vosotros os habríais escandalizado, y tal vez habría sido una presunción si hubierais orado como él, porque Martín Lutero era el propio hijo de Dios, y vosotros, por desgracia, estáis destituidos de la filiación. Él tenía la libertad de hablar con Dios como no la tenía otro hombre.

Si no eres hijo de Dios, si no tienes conciencia de tu adopción, lo máximo que puedes hacer es presentarte en la corte del Rey como un humilde mendigo. Que Dios te dé gracia para llegar más lejos, que llegues allí, no simplemente como un peticionario, sino como un seguidor del Hijo de Dios, un siervo.

Pero feliz es el hombre que ha recibido su plena adopción y se sabe hijo. Sería una grosería que alguien le hiciera a un rey lo que puede hacer el hijo de un rey. El propio hijo de un rey puede hablarle familiarmente a su propio padre, y hay actos de amor y palabras de alta y sagrada familiaridad, y de estrecha y sagrada comunión, entre Dios y Su propio hijo adoptivo, que yo no podría decirles; cosas que son algo así como lo que Pablo oyó en el paraíso, es apenas lícito que un hombre las exprese en público, aunque en privado conozca su dulzura.

Ah, mis queridos oyentes, no dudo que algunos de ustedes sepan más que yo acerca de esto, pero lo que sí sé es que es el momento más feliz de la vida cuando podemos acercarnos a nuestro Padre y Dios en Cristo Jesús, y podemos saber y sentir con certeza que Su infinito amor está puesto en nosotros, y que nuestro amor se dirige a Él. Hay un dulce abrazo que no puede ser superado. Ningún carro de Aminadab puede describir el éxtasis celestial; ni siquiera el propio Cantar de los Cantares de Salomón, por brillantes que sean sus figuras, puede apenas alcanzar el misterio, la longitud, la anchura, la altura del abrazo de Dios por la criatura, y el abrazo de la criatura por su Dios.

Ahora, repito, no es esencial para el éxito de tus oraciones que llegues a este último punto. Posiblemente nunca alcancen esta eminencia de gracia. Tampoco creo que sea absolutamente necesario que su oración llegue al segundo punto para ser oración. Debería serlo, y lo será, a medida que corcas en gracia.

Pero fíjate, debes acercarte a Dios en alguno de estos tres grados, ya sea en un sentido humilde de su majestad, o en una deliciosa conciencia de su bondad, o en un sentido deslumbrante de tu propia relación con Él, o de lo contrario tu oración es tan inútil como la paja, no es más que un susurro al viento, o el lanzamiento de un grito al aire del desierto, donde ningún oído puede oír ni ninguna mano puede ayudar. Traed, pues, vuestras oraciones

a esta piedra angular, y que Dios os ayude a examinarlas y a ser sinceros con vosotros mismos, por el bien de vuestra alma.

**II.** He concluido así la piedra angular. Ahora llego al segundo encabezado del discurso, que era **la piedra angular**, para despertar sus deseos, para hacerlos más ansiosos de orar mucho, y ser más fervientes en ello. "El acercarme a Dios es el bien".

Ante todo, señalemos que la bondad de la oración no reside en ningún mérito que haya en la oración misma. No hay mérito alguno en la oración, y uno no sabe de dónde pudo venir la idea del mérito de la oración, excepto que debe haber venido de un pariente cercano del Padre de la Mentira, que reside en algún lugar de Italia. No hay duda de que la vieja Roma fue el lugar de nacimiento de la idea, es demasiado absurda y perversa para haber venido de cualquier lugar menos abominable.

Si un mendigo estuviera siempre en la puerta de tu casa, o se encontrara siempre contigo en la calle, o te detuviera en tus viajes y te pidiera que le prestaras ayuda, supongo que lo último que entenderías sería el mérito de sus oraciones. Dirías: "Puedo comprender su descaro, puedo admito su seriedad, puedo comprender su importunidad, pero en cuanto al mérito, ¿qué mérito puede haber en el grito de un mendigo?".

Recordad que vuestras oraciones, en el mejor de los casos, no son más que el grito de un mendigo. Todavía estáis como mendigos a la puerta de la misericordia, pidiendo la limosna de la caridad de Dios, por el amor de Jesús. Y Él da gratuitamente. Pero no os lo da por vuestras oraciones, sino por la sangre y el mérito de Cristo. Tus oraciones pueden ser el vaso sagrado en el que Él pone la limosna de su misericordia, pero el mérito por el que viene la misericordia está en las venas de Cristo, y en ninguna otra parte. Recuerda que no puede haber mérito en el grito de un mendigo.

Pero ahora, notemos que, sin embargo, es bueno, prácticamente bueno que oremos y nos acerquemos a Dios, y lo primero que despertaría nuestros deseos en la oración es esto: la oración explica los misterios. Lo digo primero porque está en el salmo. El pobre Asaf había estado muy preocupado. Había estado tratando de desatar ese nudo gordiano concerniente a la justicia de una providencia que permite que los malvados florezcan y que los piadosos sean probados, y porque no podía desatar ese nudo, trató de cortarlo, y se cortó sus propios dedos en el acto, y se turbó grandemente. No podía entender cómo Dios podía ser justo y, sin embargo, dar riquezas a los malvados mientras Su propio pueblo estaba en la pobreza.

Por fin Asaf lo comprendió todo, pues entró en la casa de su Dios, y allí comprendió su fin. Y dice mirando hacia atrás al descubrir una pista de este gran laberinto: "El acercarme a Dios es el bien".

Y ahora, mis queridos oyentes, si quieren entender la Palabra de Dios en sus puntos complicados, si quieren comprender el misterio del Evangelio de Cristo, recuerden que los eruditos de Cristo deben estudiar de rodillas. Tengan por seguro que el mejor comentarista de la Palabra de Dios es su autor, el Espíritu Santo, y si quieren conocer el significado, deben acudir a Él en oración.

A menudo, cuando un salmo me ha desconcertado al leerlo, y no lo he entendido, si me he arrodillado y he tratado de leerlo de nuevo en esa posición, y ver si podía comprender el significado en mi propio corazón, alguna palabra del texto ha brillado, y esa palabra ha sido la clave del todo. John Bunyan dice que nunca olvidó la divinidad que enseñaba, porque se le grababa a fuego cuando estaba de rodillas.

Esa es la manera de aprender el Evangelio. Si lo aprendes de rodillas, nunca lo desaprenderás. Lo que los hombres te enseñan, los hombres te lo pueden desenseñar. Si sólo estoy convencido por la razón, un mejor razonador puede engañarme. Si simplemente sostengo mis opiniones doctrinales porque me parecen correctas, puede que otro día piense de manera diferente. Pero si Dios me las ha enseñado, Él que es en Sí mismo pura verdad, no he aprendido mal, sino que he aprendido de tal manera que nunca desaprenderé, ni olvidaré.

He aquí, creyente, estás hoy en un laberinto; siempre que llegues a un punto de inflexión, donde hay un camino a la derecha o a la izquierda, si quieres saber qué camino tomar, ponte de rodillas, luego sigue adelante, y cuando llegues al siguiente punto de inflexión, ponte de rodillas otra vez, y así prosigue de nuevo. La única clave de todo el laberinto de la providencia, y de la opinión doctrinal, y del pensamiento sagrado, se encuentra en ese ejercicio sagrado: la oración. Perseverad mucho en la oración, y ni Satanás ni el mundo os engañarán. He aquí ante vosotros el arca sagrada de la verdad. Pero ¿dónde está la llave? Cuelga del clavo de plata de la oración, bájala, abre el cofre y enriquecete.

Una segunda piedra de afilar para vuestras oraciones será ésta: la oración trae liberaciones. En un viejo autor me encontré con la siguiente alegoría, como la encontré así os la cuento.

Érase una vez, el rey de Jerusalén dejó su ciudad bajo la custodia de un eminente capitán, cuyo nombre era Zeal. Dio a Zeal muchos guerreros escogidos para que le ayudaran en la protección de la ciudad. Zeal era un hombre de corazón recto, que nunca se cansaba en el día de la batalla, sino que luchaba todo el día y toda la noche, aunque su espada se hendía en su mano y la sangre corría por su brazo.

Pero sucedió que el rey de Arabia, reuniendo para sí grandes ejércitos, rodeó la ciudad e impidió la entrada de alimentos para los soldados y de municiones para la guerra.



Llevado al último extremo, el capitán Zeal convocó un consejo de guerra y les preguntó qué medidas debían tomar. Se propusieron muchas cosas, pero todas fracasaron en su propósito, y llegaron a la triste conclusión de que no tenían ante sí otra cosa que la rendición de la ciudad, aunque fuera en los términos más duros. Celo tomó la resolución del consejo de guerra, pero cuando la leyó, no pudo soportarla. Su alma lo aborrecía. "Mejor", dijo, "ser cortado en pedazos, que rendirse. Mejor para nosotros ser destruidos mientras somos fieles, que entregar las llaves de esta ciudad real."

En su gran angustia, se encontró con un amigo suyo, llamado Oración, y Oración le dijo: "¡Oh! capitán, yo puedo liberar esta ciudad". Ahora bien, Oración no era un soldado, al menos no parecía un guerrero, pues vestía las ropas de un sacerdote. De hecho era el capellán del rey, y era el sacerdote de la ciudad santa de Jerusalén. Pero, sin embargo, este Ora era un hombre valiente, y llevaba armadura bajo sus vestiduras. "Oh, capitán", dijo, "dame, tres compañeros, y liberaré esta ciudad; sus nombres deben ser Sinceridad, Importunidad y Fe".

Ahora bien, estos cuatro valientes salieron de la ciudad en plena noche, cuando las perspectivas de Jerusalén eran las más negras, se abrieron paso a través de las huestes que rodeaban la ciudad. Con muchas heridas y mucho contrabando lograron escapar, y viajaron toda esa noche tan rápido como pudieron a través de la llanura para llegar al campamento del rey de Jerusalén. Cuando flaqueaban un poco, la Importunidad los apresuraba a seguir adelante, y cuando en algún momento se desmayaban, la Fe les daba de beber de su botella y se recuperaban.

Llegaron por fin al palacio del gran rey, la puerta estaba cerrada, pero Inoportunidad llamó largo rato, y por fin se abrió. La Fe entró, la Sinceridad se arrojó de bruces ante el trono del gran rey, y entonces la Oración comenzó a hablar. Habló al rey de los grandes apuros en que se hallaba la amada ciudad, de los peligros que la rodeaban y de la casi certeza de que todos los valientes guerreros serían despedazados al día siguiente. Importunidad repitió una y otra vez las necesidades de la ciudad, Fe suplicó con insistencia la promesa y el pacto reales.

Por fin el rey dijo al capitán Oración: "Toma contigo soldados y regresa, he aquí que yo estoy contigo para liberar esta ciudad". A la luz de la mañana, justo cuando despuntaba el alba, pues habían regresado más rápidamente de lo que cabía esperar, pues aunque el viaje parecía largo en la ida, era muy corto en el regreso, de hecho parecía que habían ganado tiempo en el camino, llegaron de madrugada, cayeron sobre las huestes del rey de Arabia, lo hicieron prisionero, mataron a su ejército y se repartieron el botín, y luego entraron triunfantes por las puertas de la ciudad de Jerusalén.

Zeal puso una corona de oro sobre la cabeza de Oración, y decretó que en adelante, cada

vez que Zeal saliera a la batalla, Oración sería el abanderado y conduciría la furgoneta. La alegoría está llena de verdad, que el que oiga entienda. Si queremos tener liberación en la hora, "Oremos". La oración pronto traerá dulces y misericordiosas liberaciones del trono de nuestro fiel Dios. Este es el segundo afilado de tus deseos sobre la piedra de afilar.

Y ahora una tercera. Se dijo de la fe, en ese poderoso capítulo de los Hebreos, que la fe detuvo la boca de los leones y cosas semejantes. Pero una cosa singular que hizo la fe, que es un milagro tan grande como cualquiera de ellos, fue esta: La fe obtuvo promesas. Ahora lo mismo se puede decir de la oración. La oración obtiene promesas, por lo tanto, "Bueno te es acercarte a Dios".

Leemos un relato en la Historia de Inglaterra, que no sabemos si es cierto o no, según el cual la reina Isabel regaló al conde de Essex un anillo como muestra de su favor. "Cuando caigas en desgracia", le dijo, "envíame este anillo. Cuando lo vea, te perdonaré y te aceptaré de nuevo". Conocéis la historia de aquel noble malogrado, cómo envió el anillo por medio de un mensajero infiel, y nunca le fue entregado, por lo que pereció en la cuadra.

Dios ha dado a cada uno de Su pueblo el anillo sagrado de la promesa. Y Él dice: "Todas las veces que te halles en necesidad o en angustia, muéstramelo, y yo te libraré". Ten cuidado entonces, creyente, que tienes un mensajero fiel. ¿Y qué mensajero puedes emplear tan excelente como la oración verdadera, real y ferviente?

Pero ten cuidado de que sea una oración verdadera, porque si tu mensajero yerra, y la promesa no llega a los ojos de Dios, quién sabe, puede que nunca obtengas la bendición. Acércate a Dios con oración viva y amorosa, presenta la promesa, y obtendrás el cumplimiento. Muchas cosas podría decir de la oración, nuestros antiguos teólogos están llenos de elogios al respecto. Los primeros padres hablan de ella como si escribieran sonetos.

Crisóstomo predicaba sobre ella como si la viera encarnada en alguna forma celestial. Y se reunieron las metáforas más selectas para describir con frases arrebatadoras el poder, más aún, la omnipotencia de la oración.

Quiera Dios que amemos la oración como antaño la amaron nuestros padres. Se dice de Santiago el Menor que oraba tanto que sus rodillas se habían endurecido como las de un camello. Sin duda no era más que una leyenda, pero las leyendas a menudo se basan en verdades. Y es cierto que Hugh Latimer, ese santo bendito y mártir de nuestro Dios, acostumbraba a orar tan fervientemente en su vejez cuando estaba en su celda, que a menudo oraba hasta que no le quedaban fuerzas para levantarse, y los asistentes de la prisión tenían que levantarlo de sus rodillas.

¿Dónde están los hombres como estos? Oh, ángel de la alianza, ¿dónde puedes encontrarlos? Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará oración en la tierra? Las nuestras no son dignas del nombre de súplica. Oh, si hubiéramos aprendido ese arte sagrado, para poder acercarnos a Dios y suplicar Su promesa. Watts ha reunido varias cosas en un versículo.

La oración despeja el cielo,

***"La oración hace que la nube oscurecida se retire".***

La oración es un escalador celestial,

***"La oración sube la escalera que vio Jacob".***

La oración hace temblar hasta a Satanás.

***"Porque Satanás tiembla cuando ve,  
Al santo más débil de rodillas".***

Les he dado, pues, tres razones por las que debemos ser diligentes en la oración. Permítanme añadir aún otra, pues no debemos dejar esta parte de la piedra de afilar hasta que hayamos entrado a fondo en las razones por las que "nos conviene acercarnos a Dios."

Permítanme señalar que la oración tiene un poderoso poder para sostener el alma en cada momento de angustia y dolor. Siempre que el alma se debilite, usa el emplasto fortalecedor celestial de la oración. Fue en la oración que el ángel se le apareció al Señor y lo fortaleció. Ese ángel se nos ha aparecido a muchos de nosotros, y no hemos olvidado la fortaleza que recibimos cuando estábamos de rodillas.

Recordáis en la mitología antigua la historia de aquel que tantas veces como fue arrojado al suelo recobró fuerzas porque tocó a su madre tierra. Así sucede con el creyente. Tan a menudo como es arrojado sobre sus rodillas se recupera, porque toca la gran fuente de su fuerza: el propiciatorio. Si tienes una carga sobre tu espalda, recuerda la oración, pues la llevarás bien si sabes orar.

Había una vez un cristiano que llevaba sobre sus espaldas una terrible carga que lo aplastaba contra el suelo, de modo que, no pudiendo llevarla, se arrastraba sobre manos y rodillas. Se le apareció una hermosa y bella doncella, con una varita en la mano, y le tocó la carga. Estaba allí, no la quitó, pero es extraño que la carga se volviera ligera.

Estaba allí en toda su forma y características externas, pero sin peso. Lo que lo había

aplastado contra la tierra se había vuelto tan ligero que podía saltar y cargarlo.

Amado, ¿entiendes esto? ¿Has ido a Dios con montañas de problemas sobre tus hombros, incapaz de llevarlos, y los has visto, no quitados, sino permaneciendo en la misma forma, pero de un peso diferente? Se convirtieron en bendiciones en lugar de maldiciones, lo que pensabas que era una cruz de hierro de repente se convirtió en una de madera, y la llevaste con alegría, siguiendo a tu Maestro.

Sólo daré una razón más, para no cansarlos, y ciertamente no es ése mi deseo, sino vivificarlos antes que cansarlos. Amados, hay una razón por la que debemos orar, aquellos de nosotros que estamos comprometidos en la obra del Señor de cualquier manera, porque es la oración la que asegurará el éxito.

Dos obreros de la mies de Dios se encontraron una vez y se sentaron a comparar notas. Uno era un hombre de espíritu triste, y el otro alegre, porque Dios le había concedido el deseo de su corazón.

El hermano triste dijo: "Amigo, no puedo entender cómo es que todo lo que haces está seguro de prosperar. Esparces la semilla con ambas manos muy diligentemente, y brota, y tan rápidamente además, que el segador pisa los talones del sembrador, y el propio sembrador otra vez los talones del siguiente segador.

"He sembrado", dijo, "como tú, y creo que puedo decir que he sido igual de diligente; creo también que la tierra ha sido la misma, pues hemos trabajado codo con codo en la misma ciudad. Espero que la semilla haya sido de la misma calidad, porque yo he encontrado la mía donde tú consigues la tuya, en el granero común. Pero, amigo, mi semilla nunca brota. Yo la siembro. Es como si sembrara sobre las olas, nunca veo una cosecha. Aquí y allá una enfermiza brizna de trigo he descubierto con gran y diligente búsqueda, pero no veo sino poca recompensa por todos mis trabajos".

Hablaron largo rato, pues el hermano que había tenido éxito tenía un corazón tierno y, por lo tanto, trató de consolar a este hermano afligido. Compararon notas, repasaron todas las reglas de la agricultura, y no pudieron resolver el misterio de por qué uno tenía éxito y el otro trabajaba en vano.

Al fin uno dijo al otro: "Debo retirarme". "¿Por qué?", dijo el otro. "Pues porque éste es el momento", dijo él, "en que debo ir a remojar mi semilla". "¿A remojar tu semilla?", dijo el otro. "Sí, hermano, siempre remojo mi semilla antes de sembrarla.

La remojo hasta que empieza a agrandarse y a germinar, y casi puedo ver brotar de ella

una hoja verde, y entonces sabes que crece rápidamente después de sembrada." "Ah", dijo el otro, "pero no entiendo lo que quieres decir. ¿Cómo empapas tu semilla, y en qué misteriosa mezcla?"

"Hermano", dijo él, "es una composición hecha de una parte de lágrimas de agonía por las almas de los hombres, y la otra parte de lágrimas de una santa agonía que lucha con Dios en la oración; esta mezcla, si dejas caer tu semilla en ella, tiene una eficacia trascendente para hacer que cada grano se llene de vida, para que no se pierda".

El otro se levantó y siguió su camino, y no olvidó lo que había aprendido, sino que comenzó también a esparcir su semilla, pasaba menos tiempo en su estudio, más tiempo en su cuarto, estaba menos en el extranjero, más en casa, menos con los hombres y más con Dios. Y salió y esparció su semilla, y él también vio una cosecha y el Señor fue glorificado en ellos dos.

Hermanos, siento con respecto a mí mismo, y por lo tanto, cuando hablo de otros no hablo sin caridad, que la razón del no éxito del ministerio en estos años (porque comparado con los días de Pentecostés, no puedo llamar a nuestro éxito un éxito), radica en nuestra falta de oración. Si me dirigiera a los estudiantes de la universidad, creo que me atrevería a decirles, pongan la oración en primer lugar en sus labores, preparen bien su tema, piensen bien su discurso, pero lo mejor de todo, oren, estudien de rodillas.

Y ahora, dirigiéndome a esta asamblea, que contiene maestros de escuela dominical y otros que a su manera trabajan por Cristo, permítanme rogarles que, hagan lo que hagan, no continúen con su trabajo sin antes haber rogado que el rocío del cielo caiga sobre la semilla que siembran. Empapad vuestra semilla y brotará.

Estamos demandando en nuestros días, más obreros, es una oración correcta, estamos buscando que la semilla sea de la mejor clase, es una demanda correcta, pero no olvidemos otra que es aún más necesaria que esta, pidamos, supliquemos a Dios, que la semilla sea empapada, que los hombres puedan predicar agonizando por las almas.

Me gusta predicar con una carga en mi corazón, la carga de los pecados de otros hombres, la carga de la dureza de corazón de otros hombres, la carga de su incredulidad, la carga de su desesperada condición, que pronto terminará en perdición. Estoy convencido de que no se puede predicar así, porque entonces predicamos como si...

***"Nunca volviéramos a predicar,  
como moribundos a moribundos."***

Y, oh, que cada uno de ustedes trabaje de esta última manera en su propia esfera, cuidando

siempre de encomendar su trabajo a Dios.

Les contaré aquí un incidente del avivamiento. Es uno que sé que es correcto, es contado por un buen hermano que no añadiría una palabra al respecto, estoy seguro.

Sucedió no hace mucho tiempo, que en una escuela sostenida por la Corporación de la Ciudad de Londres, en el norte de Irlanda, uno de los muchachos más grandes se había convertido a Dios, y un día, en medio de la escuela, un joven más joven se sintió grandemente oprimido por un sentimiento de pecado, y tan abrumado se sintió que el maestro percibió claramente que no podía trabajar, y por lo tanto le dijo: "Será mejor que vayas a casa y ruegues a Dios en oración privada". Le dijo, sin embargo, al muchacho mayor, que estaba todo regocijado de esperanza: "Ve con él, llévalo a casa y ora con él".

Partieron juntos, en el camino vieron una casa vacía, los dos muchachos entraron y allí se pusieron a orar. El llanto lastimero del joven, después de un rato, se transformó en una nota de alegría, cuando saltando de repente, dijo: "He encontrado descanso en Jesús, nunca me había sentido como ahora, mis pecados, que son muchos, están todos perdonados".

Le propusieron volver a casa, pero el joven se lo prohibió. No, debía ir a decirle al maestro de la escuela que había encontrado a Cristo. Así que, apresurándose a volver, entró corriendo y dijo: "¡Oh! He encontrado al Señor Jesucristo". Todos los muchachos de la escuela, que lo habían visto sentado triste y apagado en el modelo, observaron la alegría que brotó de sus ojos cuando gritó: "Tengo a Cristo". El efecto fue eléctrico.

Los chicos desaparecieron de repente y misteriosamente, el maestro no sabía dónde se habían ido, pero al mirar hacia el patio de recreo, vio que junto a la pared había varios chicos, uno a uno, orando, pidiendo clemencia.

Dijo al joven mayor: "¿No puedes ir y decirles a estos muchachos el camino de la salvación, decirles lo que deben hacer para salvarse?". Así lo hizo, y la oración silenciosa se transformó de pronto en un grito desgarrador, los muchachos de la escuela lo comprendieron, e impulsados por el Gran Espíritu, cayeron todos de rodillas y comenzaron a clamar en voz alta por misericordia a través de la sangre de Cristo.

Pero esto no era todo. Había una clase de niñas en el mismo edificio. El oído había sido bien educado para comprender lo que significaba aquel grito, y pronto lo interpretó, y también las niñas, afectadas por el mismo Espíritu, se postraron y comenzaron a clamar en voz alta por el perdón de sus pecados. Fue una interrupción de la escuela.

¿Había sucedido algo semejante en una escuela? Las clases se dejan a un lado, los libros se olvidan, todo se echa al viento, mientras los pobres pecadores se arrodillan al pie de la cruz

pidiendo perdón.

El grito se oyó por todas las oficinas anexas a esta gran escuela, y también se oyó al otro lado de la calle, y se atrajo a los transeúntes, hombres de Dios, ministros y clérigos del vecindario fueron traídos, todo el día se pasó en oración, y continuaron hasta casi medianoche, pero se separaron con cantos de alegría, pues aquella vasta masa de niñas y niños, hombres y mujeres, que habían abarrotado las dos aulas de la escuela, todos habían encontrado al Salvador.

Nuestro buen hermano, el doctor Arthur, cuenta que se encontró con un joven mientras viajaba por Irlanda, y le dijo: "¿Amas al Salvador?". Y él respondió: "Confío en que sí". "¿Cómo llegaste a amarlo?". "Oh", dijo él, "me convertí en el aula grande de la escuela aquella noche. Mi madre oyó que había un avivamiento allí, y ella me envió a buscar a mi hermano pequeño lejos, ella no lo quiso, ella dijo, para ser convencido. Fui a buscar a mi hermano y él estaba de rodillas llorando: 'Señor, ten piedad de mí, que soy un pecador'. Yo también me detuve y recé, y el Señor nos salvó a los dos".

Ahora, ¿A qué debemos atribuir esto? Conozco a muchos de los hermanos de allí, los presbiterianos y otros, y no creo que haya ninguna diferencia o superioridad en su ministerio sobre cualquier cosa que podamos ver u oír en Londres, y creo que ellos mismos suscribirían la verdad de lo que afirmo.

La diferencia es ésta: allí se ha orado, se ha ofrecido continuamente una oración viva y sincera, tal vez por algunos que no vivían en Irlanda. Sólo Dios sabe dónde comenzó realmente ese avivamiento. Alguna mujer en su cama puede haber sido ejercitada en su alma en esa zona, y puede haber estado luchando con Dios en oración, y entonces la bendición descendió.

Y si Dios nos ayuda a ti y a mí a tomarnos muy a pecho el barrio en el que vivimos, la familia que presidimos, la congregación a la que tenemos que dirigirnos, la clase que tenemos que enseñar, los obreros que empleamos, o cualquiera de éstos, ciertamente entonces por poderosa oración haremos descender una gran bendición de lo alto, porque la oración nunca se pierde, la predicación puede ser, pero la oración nunca lo hará.

El aliento de la oración nunca se gastará en vano. El Señor envíe a todas las iglesias de Gran Bretaña, en primer lugar, el poder de la oración, y luego vendrán las conversiones de multitudes de almas a través de la energía derramada del Santo de Israel.

**III.** Tendré poco tiempo para concluir el tercer punto, más allá de comentar que mientras he estado predicando, espero que haya habido algunos aquí que hayan escuchado por sí mismos. Ah, mis oyentes, la religión es un trabajo más solemne de lo que algunos piensan.

A menudo me escandaliza la brutalidad de las llamadas clases bajas de la sociedad, y sus groseras blasfemias, pero hay una cosa, y ahora les hablo con sinceridad, sin temer a nadie, hay una cosa que me resulta aún más chocante, y es la manera frívola en que la masa de nuestras clases altas pasa todo su tiempo.

¿Qué son tus llamadas matutinas sino pretextos para perder el tiempo? ¿Qué son tus diversiones sino un intento de matar el tiempo que cuelga laboriosamente de tus manos? ¿Y qué son muchas de tus ocupaciones sino una ociosidad laboriosa, hilando y tejiendo horas preciosas que Dios sabe que serán muy pocas cuando llegues a mirarlas desde tu lecho de moribundo?

¡Oh! si supierais para qué estáis hechos y cuál es vuestro alto destino, no perderíais el tiempo en las cosas insignificantes que ocupan vuestras manos y vuestras almas. Dios Todopoderoso perdone esas horas malgastadas que, si sois cristianos, deberíais emplear en el bien de los demás. Dios perdone esos momentos de frivolidad que deberían haber sido ocupados en la oración.

Si una congregación como ésta pudiera estar solemnemente consciente de los intereses de esta tierra y de su pobreza, de sus miserias, de su maldad, si una hueste como la que tengo aquí pudiera sentir solemnemente este asunto, ¡cuánto bien nos vendría ciertamente! Esta sería la mejor sociedad misionera, tantos corazones llenos de ternura y afecto, todos palpitando con el ansioso deseo de ver a los pecadores llevados a Cristo.

¡Ah! No podemos aprobar las doctrinas de la Iglesia Romana, pero aun así a veces tenemos que avergonzarnos de su celo. Quiera Dios que tuviéramos hermanas de misericordia que fueran realmente misericordiosas, no vestidas con un ropaje extravagante, sino yendo de casa en casa para consolar a los enfermos y ayudar a los necesitados. Ojalá que todos ustedes fueran hermanos del corazón de Jesús, y todos ustedes hermanas de Él, cuyo corazón de madre fue traspasado por la agonía cuando murió para que nosotros pudiéramos ser salvados. Oh, mis queridos oyentes, esto lo digo con un ferviente deseo de que las palabras sean proféticas de una época mejor.

Pero ahora, hay algunos de ustedes aquí, tal vez, que nunca oraron en sus vidas, jugueteando como insectos relucientes, desperdiciando su pequeño día.

No saben que la muerte está cerca de ustedes, y oh, si nunca han buscado y nunca han encontrado al Salvador, por muy brillantes que sean esos ojos, si nunca han visto las heridas de Cristo, si nunca han mirado a Cristo, no serán simplemente sellados en la muerte, sino que deberán contemplar eternamente vistas de temible aflicción.



Oh, que Dios les conceda la gracia de orar, que los conduzca a sus casas, a caer de rodillas, y por primera vez clamar: "¡Señor, ten misericordia de mí!" Recuerden que tienen pecados que confesar, y si piensan que no los tienen, están en un triste estado de corazón, eso prueba que están muertos en delitos y pecados, muertos en ellos. Ve a casa y pídele al Señor que te dé un corazón nuevo y un espíritu recto, y que Aquel que dicta la oración tenga la bondad de escuchar, y que tú, y yo, y todos nosotros, cuando esta vida haya pasado y el tiempo se haya cambiado por la eternidad, estemos por fin ante el trono de Dios.

Tengo que predicar continuamente a una congregación en la que sé que hay muchos borrachos, maldicientes y cosas semejantes; con estos hombres sé cómo tratar, y Dios me ha dado éxito; pero a veces tiemblo por ustedes, hijas amables, excelentes y rectas, que alegran la casa de su padre, y esposas que educan bien a sus hijos. Recordad, si no tenéis la raíz del asunto en vosotras: "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios".

Y así como debemos ser honestos con el pobre, así debemos serlo con el rico, y así como debemos poner el hacha en la raíz del árbol con el borracho y el malhablado, así debemos serlo con vosotros. Estáis tan perdidos como ellos, y perecerán tan seguramente como ellos, a menos que nazcan de nuevo. Sólo hay un camino al cielo para todos por igual.

Como ministro del Evangelio, no conozco hombres ricos ni pobres, no conozco clases trabajadoras ni caballeros, conozco simplemente criaturas pecadoras de Dios, a las que se les pide que vengan a Cristo y encuentren misericordia por medio de Su expiación. Él no los rechazará. Aparta ese pensamiento oscuro. Él es capaz de salvar, no dudes de Él. Venid a Él, venid y sed bienvenidos, que Dios os ayude a venir.

Dios Todopoderoso te bendiga por amor de Jesús. Amén.